

detener el brazo de Kennybol, al que se arrojó. No respondió á la sorda detonación de la carabina el chillido agudo de un gato montés, sino el rugido horrible del tigre, al que siguió una carcajada humana, más horrible que el rugido.

No se oyó prolongarse el estruendo del tiro y morir de eco en eco en las profundidades de las montañas, porque apenas brilló entre las sombras de la noche la luz que despidió la carabina, apenas estalló en medio del silencio la descarga del arma, se oyeron un millar de voces inesperadas y formidables en los montes, en las gargantas y en los bosques; y el grito múltiple é inmenso, como un trueno, de *Viva el rey!* rodó sobre las cabezas de los rebeldes, á sus lados, delante y detrás de ellos, y el resplandor mortífero de terrible mosquetaría, estallando por todas partes, hiriéndoles y alumbrándoles á un mismo tiempo, les dejó ver, entre rojos torbellinos de fuego, un batallón detrás de cada roca y un soldado detrás de cada árbol.

XXXVIII.

A las armas! á las armas, capitanes!
(EL CAUTIVO DE OCHALI.)

Al principiar el día que terminó en el capítulo anterior, mientras salían los insurgentes de la mina de plomo de Apsyl-Corh, el regimiento de arcabuceros, cuya marcha seguimos en el capítulo XXX de esta verdadera historia, entró en Skongen.

Después que el baron Vethaum le dió algunas órdenes para el alojamiento de los soldados que mandaba, dicho baron, coronel del regimiento, iba á entrar en la casa que se le destinó por morada, situada cerca de la puerta de la ciudad, cuando sintió que una mano pesada le golpeaba familiarmente en la espalda. Volvió la cara el coronel y vió delante de él á un hombre de pequeña estatura, cubierto con un sombrero de mimbre, que solo dejaba ver su barba roja y espesa. Iba embozado en una capa de buriel gris, que, á juzgar por la capucha que de ella pendía, parecía haber sido hábito de ermitaño; por dicha capa asomaban sus manos, cubiertas con guantes gruesos.

—Qué diablos queréis de mí? preguntó con tono brusco el coronel.

—Coronel de arcabuceros de Munkholm, respondió el hombre, sígueme un

instante, que tengo que darte un buen aviso.

Al oír el baron este lenguaje quedó por un momento sorprendido y mudo.

—Es un aviso importante, repitió el desconocido.

Esta insistencia decidió al baron Vethaum á escucharle. En los momentos de crisis por que pasaba la provincia y por la misión de que estaba encargado, no debía despreciar ningun dato que se le pudiera proporcionar.

—Entonces, dijo, te sigo; vamos.

El hombrecillo le precedió é hizo alto á la salida de la ciudad.

—Coronel, ¿deseas exterminar de un solo golpe á los insurgentes?

—No sería mal modo de empezar la campaña, dijo sonriendo el baron.

—Pues bien; haz que desde hoy se embosquen todos tus soldados en las gargantas del Pilar Negro, á dos millas de esta ciudad, que en ellas acamparán esta noche los rebeldes. A la primera hoguera que veas brillar, arrójate sobre ellos con los tuyos y la victoria es segura.

—Bueno es el aviso, buen hombre; pero ¿por dónde sabes lo que estás diciendo?

—Si me conocieras, coronel, más te extrañaría que yo no lo hubiese sabido.

—Pues quién eres?

—No vine aquí para decírtelo, le contestó con impaciencia el hombrecillo.

—No temas, quien quiera que seas, porque el servicio que me prestas es tu salvo-conducto. ¿Acaso eres uno de los rebeldes?

—No he querido serlo.

—¿Entonces por qué callas tu nombre, siendo como eres fiel vasallo del rey?...

—Qué te importa!

Quiso ver el coronel si le comunicaba más averiguaciones el desconocido y le preguntó:

—Dime, ¿es cierto que Han de Islandia manda á los insurrectos?

—Han de Islandia! repitió el hombrecillo con singular inflexión de voz.

El baron repitió la pregunta; por toda contestación obtuvo del hombrecillo una carcajada que hubiera podido pasar por un rugido; aventuró también algunas otras preguntas sobre el número y los jefes de los mineros, pero el desconocido le tapó la boca diciéndole:

—Coronel de los arcabuceros de Munkholm, te dije cuanto tenia que decirte. Embóscate desde hoy en el desfiladero del Pilar Negro con todo tu regimiento y acabarás con ese rebaño de hombres.

—No quieres descubrirme quién eres y así te privas de la recompensa del rey; pero no por eso es menos justo que yo te manifieste mi gratitud por el servicio que acabas de prestarme.

El baron echó una bolsa á los pies del hombrecillo.

—Guárdate el dinero, coronel; yo no lo necesito; y añadió, enseñándole un saco que llevaba pendiente del cinto de cuerda:—Y si necesitas un salario para matar á esos hombres, tengo también, coronel, bastante oro para pagarte su sangre.

El hombrecillo desapareció antes de que el coronel volviera en sí del asombro que le causaron las inexplicables palabras de aquel sér misterioso.

Regresó el baron á su alojamiento pensando si debía ó no dar crédito al aviso del desconocido. Al momento de entrar en su domicilio le entregaron una carta sellada con las armas del gran canciller. Era un mensaje del conde de Ahlefeld, en el que el coronel leyó, con sorpresa fácil de comprender, el mismo aviso y el mismo consejo que acababa de darle á las puertas de la ciudad el incomprendible personaje del sombrero de mimbre y de los enormes guantes.

XXXIX.

Cien banderas flotaban sobre las cabezas de los valientes, arroyos de sangre corrían por todas partes y la muerte parecía preferible á la fuga. Un bardo sajón hubiera llamado á esa noche la fiesta de las espadas; el grito de las águilas precipitándose sobre su presa, ese grito de guerra, hubiera sido más dulce para sus oídos que los alegres cantos de un festín de bodas.
(WALTER SCOTT.)

Imposible es describir la espantosa confusión que rompió las columnas, ya desordenadas, de los rebeldes, cuando el fatal desfiladero les hizo ver de repente todas sus cimas erizadas, todas sus cuevas llenas de enemigos inesperados. Difícil hubiera sido comprender si el inmenso clamor, compuesto de mil clamores, que salió de sus filas, súbitamente acosadas, era un grito de desesperación, de espanto ó de rabia. El terrible fuego que vomitaban sobre ellos por todas partes los pelotones improvisados de las tropas reales crecía por momentos; y antes de que saliera de sus filas un solo tiro de fusil, después del imprudente que disparó Kennybol, ya no veían alrededor de ellos más que una nube sofocante de humo caliente, por medio del que volaba ciega la muerte; entre el que cada uno de ellos, aislado, á nadie reconocía, dis-

tinguiendo apenas á lo lejos los grupos de los arcabuceros, de los dragones, de los hulanos, que aparecían confusamente encima de las rocas y en medio de los jarales, como otros tantos demonios en un horno encendido.

Todas las bandas de rebeldes desparamadas en el espacio de una milla, en un camino estrecho y tortuoso, limitado por una parte por un torrente profundo y por otra por una muralla de peñascos, imposibilitadas de plegarse sobre sí mismas, se parecían á la serpiente descuartizada al desplegar todos sus anillos, cuyos pedazos, vivos, se revuelcan largo rato entre su espuma, procurando volver á juntarse.

Después que pasó el momento de la sorpresa, la misma desesperación animó, como un alma común, á todos aquellos hombres, naturalmente feroces é intrépidos. Furiosos al verse aniquilar indefensos, lanzaron aquellas muchedumbres un clamor como si naciese de un solo cuerpo, un clamor que apagó por un momento todo el ruido de los enemigos triunfantes; y cuando éstos los vieron sin jefes, sin orden, casi sin armas, trepar, entre un fuego terrible, por los peñascos casi perpendiculares, agarrarse con los dientes y con las uñas á las matas de encima de los precipicios, blandiendo martillos y horquillas de hierro; esos soldados, tan bien armados, con tanta disciplina, colocados en posición tan ventajosa y que aun no habían perdido ninguno de los suyos, no pudieron reprimir un movimiento de terror involuntario.

Hubo muchas veces algunos temerarios insurgentes que ascendieron, ya pasando sobre puentes de cadáveres, ya sobre los hombros de sus compañeros, aplicados á las grietas de las rocas como escaleras vivas, hasta las cumbres que ocupaban los agresores; pero apenas gritaban *Libertad!*, apenas levantaban las hachas ó las nudosas mazas, apenas mostraban sus negros rostros, cubiertos de espumarajos de rabia, caían precipitados en el abismo, arrastrando consigo á los atrevidos compañeros que encontraban en su caída, suspendidos de alguna mata ó abrazados á la punta de alguna roca.

Los esfuerzos de los rebeldes para huir ó para defenderse eran igualmente inútiles: todas las salidas del desfiladero estaban cerradas, todos los puntos accesibles estaban erizados de soldados. Casi todos aquellos desgraciados insur-

rectos espiraban mordiendo la arena del camino, despues de romper sus hachas y sus puñales sobre algun pedazo de granito; algunos, cruzando los brazos, clavados los ojos en el suelo, se sentaban sobre alguna piedra á la orilla del camino y allí esperaban silenciosos é inmóviles que una bala los arrojara al torrente. Otros, á quienes la prevision de Hacket habia armado con malos arcabuces, disparaban á la casualidad algunos tiros perdidos hácia las cimas de las rocas, hácia la boca de las cavernas, de cuyos puntos caia sobre ellos sin cesar nueva lluvia de balas. Rumor tumultuoso, en el que se confundian los gritos furiosos de los jefes con las tranquilas órdenes de los oficiales, se mezclaba de continuo al estruendo intermitente de las descargas; mientras que sangriento vapor subia y huia del lugar de la matanza, arrojando á las crestas de las montañas grandes resplandores temblorosos; y el torrente, blanco de espuma, pasaba como un enemigo entre aquellos dos ejércitos de hombres contrarios, llevándose su presa de cadáveres.

Desde los primeros momentos de la accion, ó mejor dicho, de la carnicería, sufrieron más que las otras bandas de insurrectos las de los montañeses de Kole, que mandaba el intrépido é imprudente Kennybol. Su division formaba la vanguardia del ejército rebelde, y estaba internada en el bosque de pinos que termina el desfiladero. Apenas armó su arcabuz el imprudente Kennybol, aquel bosque se pobló de súbito, como por magia, de soldados enemigos, que encerraron á los montañeses en un círculo de fuego, al mismo tiempo que de la cumbre de una montaña, que formaba una plataforma, dominada por peñascos encorvados, un batallon entero del regimiento de Munckholm, formado en cuadro, hacia llover sobre ellos un diluvio de balas. En aquellos horribles momentos, Kennybol, desesperado, tendió la vista hácia el misterioso gigante, confiando ya únicamente su salvacion al poder sobrehumano que creia existir en Han de Islandia; pero no vió al formidable demonio tender de repente las inmensas alas y elevarse por encima de los combatientes, vomitando llamas y rayos sobre los arcabuceros; no le vió llegar con la frente á las estrellas, ni derribar una montaña sobre los enemigos, ni herir la tierra con el pié y abrir un abismo bajo las plantas del ejército emboscado. Aquel formidable Han de Islandia retro-

cedió, como él, desde la primera descarga, y se le acercó trémulo y asustado pidiéndole una carabina, diciéndole que en aquellos momentos tan inútil le era el hacha como una rueca.

Atónito Kennybol, pero siempre crédulo, entregó su propio mosquete al gigante, con tal terror, que se olvidaba de las balas que de todas partes le llovian. Esperando siempre un prodigio, aguardaba que su arma se convirtiera en las manos de Han de Islandia en un cañon, ó se metamorfosease en un dragon alado que arrojara fuego por los ojos, por la boca y por las narices.

Pero no sucedió así, y llegó al colmo la admiracion del infeliz cazador cuando vió que el demonio cargaba como él la carabina con plomo y pólvora comunes, que hacia la puntería á su manera y disparaba el tiro sin apuntar tan bien como él. Miróle con honda estupefaccion repetir muchas veces la misma operacion maquinalmente, y convencido, en fin, de que era preciso renunciar al milagro, trató de sacar á sus compañeros y de salir él mismo del mal paso en que se encontraban por algun medio humano.

Ya su antiguo compañero Guldou Stayper habia caido á su lado acribillado de heridas; ya todos los montañeses, espantados y sin poder huir, sitiados por todas partes, estrechaban las filas, sin pensar en defenderse, con lamentables clamores. Kennybol comprendió y vió que daba gran seguridad á los tiros del enemigo aquel monton de hombres, de los que cada descarga dejaba fuera de combate á diez y ocho ó veinte. Mandó á sus desgraciados compañeros que se desparramaran y se alejaran entre las matas que costean el camino, mucho más ancho en aquel sitio que en el resto de las gargantas del Pilar Negro; que se escondieran entre las zarzas y respondieran lo mejor que pudiesen al fuego, cada vez más mortífero, de los batallones enemigos. Los montañeses, que iban casi todos bien armados, porque eran cazadores, ejecutaron la órden de su jefe con una sumision que quizás no hubiera obtenido de ellos en momentos menos críticos; que á la vista del peligro, ordinariamente los hombres pierden la cabeza y obedecen gustosos al que se encarga de conservar la sangre fria y la presencia de espíritu por todos.

Esta prudente medida no bastaba para darles la victoria, ni siquiera para salvarlos. Habia ya más montañeses tendidos y fuera de combate que de pié;

y á pesar del ejemplo y los estímulos del jefe y del gigante, muchos de ellos, apoyándose en sus mosquetes inútiles ó tendiéndose al lado de los heridos, tomaron con obstinacion el partido de recibir la muerte sin cuidarse ya de darla. Parecerá extraño que esos hombres, acostumbrados todos los dias á desafiarla corriendo por montes de hielo en persecucion de las fieras, hubiesen perdido el valor; pero téngase presente que en los corazones vulgares el valor es puramente local. Se puede reir ante las balas y temblar en las tinieblas ó al borde de un precipicio; se puede luchar todos los dias con las fieras, salvar profundos abismos sobre puentes estrechos y flexibles y huir delante de una descarga de artillería; porque continuamente sucede que la intrepidez solo es hábito, y que no se deja de temer á la muerte porque se tema bajo esta ó bajo otra forma.

Kennybol, rodeado de montones de cadáveres de sus compañeros, empezaba ya á desesperar, á pesar de no haber recibido más que una ligera herida en el brazo izquierdo y de que veia al gigante continuar su oficio de mosquetero con impasibilidad tranquilizadora, cuando de repente se apercibió de que en el fatal batallon formado en la altura de la montaña reinaba confusion extraordinaria, y que ésta no la podia producir el poquísimos daño que les causaban los montañeses. Oyó terribles gritos de angustia, imprecaciones de moribundos y palabras de espanto y clamores de desesperacion salir de la masa de aquel batallon victorioso.

Pronto cesó la mosquetería, aclaróse el humo, y Kennybol pudo ver que caian sobre los arcabuceros de Munckholm moles de granito desde lo alto de las rocas que dominaban el terreno donde aquellos estaban formados en batalla. Aquellas enormes piedras se sucedian en la caída unas á otras con horrible rapidez; se quebraban con extrépito las unas contra las otras, y saltaban entre los soldados, que rompian las filas y se apresuraban á descender desordenadamente de aquellas alturas y á huir en todas direcciones.

Al ver este inesperado auxilio, Kennybol volvió la cabeza; el gigante, sin embargo, aun estaba allí, y quedó estupefacto el montañés, que creyó que Han de Islandia habia decidido por fin echarse á volar y se habia colocado en la cumbre de aquella montaña para estrellar á los enemigos. Levantó la vista hácia di-

cha cumbre, de donde caian tan formidables masas de piedra, y ya nada vió allí. No podia suponer que alguna partida de rebeldes se hubiese apoderado de aquella excelente posicion, porque no veia brillar armas en ella, y no oia tampoco los gritos de victoria.

Cesó, sin embargo, el fuego de los soldados; la espesura del bosque quizá ocultaba los restos del batallon, que se replegaba acaso al pié de la altura, y el ruido de los tiros de las guerrillas era menos vivo. Kennybol, jefe hábil, supo sacar partido de aquella ventaja inesperada: reanimó á sus compañeros y les hizo ver, al triste resplandor que iluminaba aquella escena de carnicería, el monton de cadáveres hacinados sobre la esplanada y entre las rocas. Entonces los montañeses respondieron á su vez con gritos de victoria á los gemidos de los enemigos; formáronse en columna, y aunque les molestaban las guerrillas esparcidas por los jarales, resolvieron salir con intrepidez y á viva fuerza de aquel funesto desfiladero.

Iba ya á marchar la columna formada en batalla; ya iba á dar Kennybol la señal con su trompa, al són de las aclamaciones *Libertad! Libertad! ¡Muera la tutela!*, cuando el sonido del tambor y de la trompeta, tocando á la carga, se oyó delante de ellos; despues el resto del batallon de la esplanada, engrosado con refuerzos de soldados nuevos, desembocó, á tiro de carabina, de un recodo del camino y presentó á los montañeses un muro erizado de picas y de bayonetas. Llegado así el batallon, hizo alto frente á la columna de Kennybol, y el que parecia jefe agitó en el aire una banderola blanca, adelantándose hácia los montañeses acompañado por un corneta.

La aparicion inesperada del batallon no hizo perder la serenidad á Kennybol, porque se llega á un punto en el sentimiento del peligro en el que ya la sorpresa y el temor son imposibles. Al oír los primeros sonidos del tambor y de la corneta, el viejo zorro de Kole detuvo á sus compañeros, y cuando la línea del batallon se desplegó con buen órden, mandó cargar todas las carabinas é hizo colocar á sus montañeses de dos en dos, con la idea de presentar menos superficie á las descargas del enemigo. Púsose al frente de los suyos, junto al gigante, con el que ya comenzaba casi á familiarizarse, porque se convenció ya de que los ojos de éste no eran tan ardientes como el horno de una fragua y de que

las supuestas garras eran manos humanas.

Cuando vió que el comandante de los arcabuceros reales avanzaba hacia él á pedir parlamento y que cesaba de repente el tiroteo de las guerrillas, suspendió por unos momentos los preparativos de defensa.

Mientras, el oficial de la bandera blanca habia llegado á la mitad del espacio que separaba las dos columnas, se paró, y el corneta que le acompañaba repitió por tres veces el toque de intimación. Entonces el oficial gritó con voz sonora, que los montañeses oyeron con claridad, á pesar del estruendo, cada vez mayor, que producía el combate en las gargantas de la montaña:

—¡En nombre del rey se concede el perdón á todos los rebeldes que rindan las armas y entreguen sus jefes á la soberana justicia de su majestad!

Apenas el parlamentario pronunció estas palabras, salió un tiro de un jaral inmediato: el oficial vaciló, dió algunos pasos, levantando la bandera, y cayó, exclamando:—Traicion!

Nadie supo de dónde habia salido el tiro.

—Traicion! cobardía! repitió el batallón de los arcabuceros bramando de rabia, y una terrible salva de fuego graneado cayó sobre los montañeses.

—Traicion! repitieron también los rebeldes indignados de ver caer á sus compañeros, y una descarga general respondió al inesperado ataque de las tropas reales.

—A ellos! mueran esos cobardes! gritaron los oficiales de los arcabuceros.

—Mueran! mueran! repitieron los montañeses.

Los combatientes de ambos partidos, sable en mano, se precipitaron unos sobre otros y las dos columnas se encontraron casi sobre el cuerpo del desgraciado oficial, con horrible estruendo de armas y de clamores.

Mezcláronse las filas; jefes rebeldes, oficiales reales, soldados, montañeses, todos en confuso tropel se chocaron, se asieron y se apretaron, como dos bandadas de hambrientos tigres que se encuentran en un desierto. Las lanzas, las bayonetas, las partesanas eran ya del todo inútiles; solo brillaban por encima de las cabezas los sables y las hachas, y muchos combatientes, luchando cuerpo á cuerpo, no podían emplear más armas que el puñal y los dientes.

Animaba á montañeses y arcabuceros

el mismo furor y la misma indignación, y las bocas de unos y de otros vomitaban el grito de *Traicion! venganza!* Llegó la lid al punto en que la ferocidad se apodera de todos los corazones, en el que se prefiere á la vida propia la muerte de un enemigo á quien no se conoce, en el que se pasa con indiferencia sobre montones de heridos y de cadáveres, entre los que alguno se incorpora aun para morder al que le pisa.

En aquellos momentos, un hombrecillo, que muchos combatientes tomaron á primera vista por una fiera al verle vestido de pieles, se precipitó en mitad de la pelea, lanzando horribles carcajadas y bramidos de alegría. Todos ignoraban de dónde venía aquel monstruo, ni por qué partido peleaba, porque su hacha de piedra no escogía víctimas, y así hundía el cráneo de un rebelde como el vientre de un soldado. Sin embargo, parecía encarnizarse con los arcabuceros de Munckholm. Todos huían delante de él, corría como un espíritu por el campo de batalla, y su hacha ensangrentada giraba de continuo en torno de su cabeza, haciendo saltar por todas partes pedazos de carne, miembros rotos y huesos en astillas.

También gritaba: *Venganza!* como los demás y pronunciaba palabras incoherentes, entre las que se oía con frecuencia el nombre de *Gill*. Aquel formidable desconocido gozaba en la matanza como en una fiesta.

Un montañés, en el que el monstruo fijaba la mirada sangrienta, cayó á los pies del gigante, en el que Kennybol fundó tantas esperanzas burladas, y cayó exclamando:

—Han de Islandia, sálvame!

—Han de Islandia? respondió el monstruo acercándose al gigante.

—Eres tú Han de Islandia? le dijo.

El gigante por toda respuesta alzó el hacha de hierro. Retrocedió el hombrecillo, y el filo del hacha, al caer, fué á clavarse en el cráneo del infeliz que imploraba la protección del gigante.

El desconocido se echó á reír.

—¡Por el alma de Ingolfo, que creía más diestro á Han de Islandia!

—¡Así salva Han de Islandia á quien le implora!

—Tienes razón.

Atacáronse con rabia los dos formidables campeones. Chocaron el hacha de hierro con el hacha de piedra con tal violencia, que los dos filos volaron en pedazos echando chispas. Rápido como el

XL.

Quémese el que quiera bajo esos fuegos encubiertos.
(BRANTOME.)

Abre esa ventana, hija mia, que esos vidrios son muy oscuros y no me dejan ver la luz del día.

—Padre mio, es que ya está próxima la noche.

—Aun quedan algunos rayos de sol en las colinas que costean el golfo. Tengo necesidad de respirar el aire libre que penetra por las rejillas de la prision. ¡El cielo está tan sereno!...

—Padre mio, en el horizonte se prepara una tempestad.

—Una tempestad, Ethel! Dóndela ves?

—Espero una tempestad, porque el cielo está azul y sereno.

El anciano miró con sorpresa á la jóven.

—Si hubiera pensado eso en la juventud no estaria aquí ahora.—Luego, con más calma, añadió:—Es exacto lo que dices, pero es impropio de tu edad, y no alcanzo á comprender cómo tu razon juvenil se asemeja á mi experiencia de anciano.

Bajó los ojos Ethel, confundida por aquella reflexion grave y sencilla. Juntó las manos y exhaló un suspiro.

—Hija mia, dijo el venerable cautivo, desde hace algunos dias estás pálida, como si la vida no calentara la sangre de tus venas. Hace ya algunas mañanas que vienes á darme los buenos dias con las pupilas rojas y encendidas, con ojos que han llorado y velado. Muchos dias hace, Ethel, que los paso silenciosamente, porque tu voz cariñosa no trata de sacarme de la sombría meditacion de mis pasados infortunios. Estás á mi lado más triste que yo, y no sufres, sin embargo, como tu padre el peso de una vida de amarguras y de miserias. La afliccion que rodea tu juventud no puede penetrar hasta tu corazon. Las nubes de la mañana se disipan fácilmente. Estás en la época de la existencia en la que el alma elige, segun sus deseos, un porvenir independiente del presente, cualquiera que sea. Qué tienes, hija mia? Gracias á este monótono cautiverio estás al abrigo de desgracias imprevistas. ¿Qué falta has cometido? No creo que te aflijas por mí, porque ya debes haberte acostumbrado á mi irremediable infortunio. Poco halagüeñas son mis palabras, pero eso no es motivo para que yo lea la desesperacion en tus ojos.

Hablando así, la voz severa del prisionero se enterneció hasta adquirir el acento paternal. Ethel, silenciosa, estaba en pie delante de él; de repente se volvió con movimiento convulsivo, cayó de rodillas y ocultó el rostro entre las manos, para ahogar los sollozos y las lágrimas que se escapaban tumultuosamente de su pecho.

Demasiado dolor albergaba el corazón de la desventurada joven. ¿Qué daño hizo la infeliz á la desconocida dama para que ésta le revelase un secreto que destruía su porvenir? Desde que supo quién era Ordener, la pobre niña no había podido entregar aun ni sus ojos al sueño, ni su alma al reposo; la noche solo le traía el triste consuelo de poder llorar con libertad. No podía ya acariciar ni la esperanza, porque no podía ser suyo ya el hombre que le pertenecía por todos sus recuerdos, por todos sus dolores, por todas sus plegarias, el hombre de quien se creía la prometida esposa. La noche en que Ordener la estrechó tiernamente entre sus brazos, ya solo era en su mente un sueño falaz, y aquel sueño se le presentaba todas las noches. Era culpable la ternura que á su pesar consagraba aun al amigo ausente, porque su Ordener era el futuro esposo de otra mujer. ¿Quién es capaz de describir lo que sintió su corazón virginal al deslizarse en él, como una víbora, el sentimiento amargo y desconocido de los celos, y cuando se agitaba, durante largas horas de insomnio, en su ardiente lecho, creyendo á Ordener en aquellos instantes en brazos de otra mujer más hermosa, más rica y más noble que ella?... Cuando se decía á sí misma: ¡Fuí tan insensata, que creí que por mí iba á buscar la muerte! ¡Ordener es hijo del virey, de un poderoso señor, y yo, yo no soy más que una pobre prisionera, hija despreciable de un proscrito! ¡Ordener se fué y es libre! ¡Sin duda se fué á unirse con su hermosa prometida, la hija de un canciller, de un ministro, de un orgulloso conde! ¿Es posible que Ordener me engañara? ¿quién me hubiera dicho que aquella voz pudiera engañar?

La desventurada Ethel lloraba sin consuelo y veía siempre ante sus ojos á su Ordener, al que era para ella el dios ignoto de todo su sér, brillante con todo el esplendor de su rango, dirigiéndose al altar en medio de gran fiesta y volviendo la cara hácia otra mujer, con aquella sonrisa que en otro tiempo colmaba su alegría.

A pesar de la profunda amargura que la atormentaba, no olvidó ni por un momento su ternura filial. Hizo los más heroicos esfuerzos para ocultar su infortunio á su desgraciado padre; y es lo más doloroso del dolor tener que reprimir la explosion externa, pues las lágrimas que se devoran son mucho más amargas que las que se vierten. Pasaron muchos días antes de que el silencioso anciano advirtiese la mudanza de Ethel, y las preguntas afectuosas que acababa de dirigirla hicieron brotar de repente las lágrimas de la joven, mucho tiempo comprimidas en su corazón.

El padre contempló un momento con amarga sonrisa el llanto de Ethel, y moviendo la cabeza, la dijo:

—Tú, que no vives entre los hombres, por qué lloras?

Al oír esto, púsose en pie la noble y hermosa niña; hizo un esfuerzo supremo y detuvo las lágrimas en los ojos, enjugándose los con el velo.

—Padre mio, contestó con energía, perdonadme; fué un momento de flaqueza.

Fijó la vista en su padre, procurando sonreír, y fué al fondo de la estancia á buscar el *Edda*; se sentó cerca de su padre y abrió el libro á la casualidad. Calmando la agitacion de la voz, empezó á leer, pero la inútil lectura pasaba sin que la escucharan ni ella ni el anciano.

Hizo éste un movimiento con la mano, como indicándola que suspendiera el leer, y la dijo:

—Basta, basta, hija mia.

Ethel cerró el libro.

—Hija mia, añadió Schumacker, ¿piensas alguna vez en Ordener?

La pobre niña se estremeció.

—En aquel Ordener que marchó á...

—Padre mio, dijo interrumpiéndole la joven; por qué ocuparnos de él? Creo, como vos, que se fué para no volver.

—Para no volver, hija mia? No pude decirte eso. No sé qué presentimiento me anuncia que volverá.

—No pensábais así cuando me hablabais con tanta desconfianza de ese joven.

—Te hablé de él con desconfianza?

—Sí, y en eso soy de vuestra opinion. Creo que nos ha engañado.

—Que nos ha engañado? Al juzgarle como le juzgué, hice lo que todos los hombres que acusan sin pruebas... pero hasta hoy solo recibí de Ordener testimonios de amistad.

—¿Y sabéis acaso si sus palabras cordiales ocultaban ó no pensamientos perversos?

—Ordinariamente los hombres huyen del infortunio y de la desgracia. Si Ordener no me profesara algun afecto, no hubiera venido á la prision sin objeto.

—¿Estais seguro, repuso Ethel con tímida voz, que aquí no le trajo ningun objeto?

—Y cuál? preguntó el anciano con vivacidad.

Ethel no pudo continuar: era para ella un esfuerzo superior á sus fuerzas seguir acusando á su amado Ordener, á quien antes defendía contra su padre.

—Yo no soy ya el conde de Griffenfeld, prosiguió éste; ya no soy gran canciller de Dinamarca y de Noruega, ni dispensador favorito de las mercedes reales, ni ministro omnipotente. Soy un miserable prisionero de Estado, un proscrito, un leproso político. Es ya dar insignificante prueba de valor no hablar contra mí á todos esos hombres á quienes colmé de honores y de riquezas; es hacer un verdadero sacrificio entrar en este calabozo no siendo carcelero ni verdugo; es heroísmo, hija mia, venir aquí y ser amigo nuestro. No, no quiero ser ingrato, como la raza humana; ese joven merece mi gratitud, por el solo motivo de haberse mostrado afectuoso y haberme dicho palabras de consuelo.

Ethel escuchaba con pesar ese lenguaje, que le hubiera colmado de alegría algunos días antes, cuando Ordener aun era para ella su Ordener. El anciano, despues de un momento de silencio, repuso con voz solemne:

—Escúchame, hija mia, porque es muy grave lo que voy á decirte. Conozco que me consumo lentamente; la vida se retira de mí poco á poco... mi fin se acerca.

Ethel le interrumpió, sofocando sus sollozos:

—¡Padre mio, por Dios, no me hableis así! Tened compasion de vuestra hija! Quereis abandonarla tambien? ¿Qué será de ella, sola en el mundo, sin vuestra proteccion?

—La proteccion de un proscrito! dijo el anciano, moviendo tristemente la cabeza, nada vale, pero tambien he pensado en eso. Tu felicidad futura me preocupa más que mis pasados infortunios. Escúchame y no me interrumpas. Ordener no merece que le juzgues con tanta severidad; yo creí hasta ahora que no le mirabas con aversion. Su continente es franco, noble, lo que nada prueba; pero debo añadir que me parece que está dotado de algunas virtudes, si bien es cierto que basta ser hombre para encerrar en

el pecho el germen de todos los vicios y de todos los crímenes. Toda llama produce humo.

Otra vez calló el anciano, y fijando los ojos en su hija, añadió:

—Convencido hasta la evidencia de que se acerca la hora de mi muerte, he pensado mucho en él y en tí, Ethel; y si vuelve, como espero que vuelva, te le doy como protector y como esposo.

Ethel palideció y tembló al ver que cuando su sueño de felicidad se desvanecía para siempre, era cuando su padre trataba de realizarlo. Este pensamiento tan amargo: *¡Yo hubiera podido ser dichosa!* comunicó á su desesperacion terrible violencia. Permaneció un instante sin poder hablar, temerosa de dar rienda suelta á las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

Schumacker callaba, esperando la contestacion.

—¿Me lo destinábais para marido, padre mio, respondió con voz apagada, sin conocer su origen, su familia, ni su nombre?

—No te lo destinaba, te lo destino, hija mia.

El acento del anciano era imperioso; Ethel suspiró.

—Repito que te lo destino y que nada me importa su origen. No necesito conocer á su familia conociéndolo á él. Piénsalo bien, hija mia, que él es la única áncora de salvacion que te queda. Afortunadamente creo que Ordener no te mira con aversion.

La pobre joven dirigió los ojos al cielo.

—Ya oyes que te digo que nada me importa ni su origen, ni su familia. Probablemente habrá nacido en cuna humilde, porque no se enseña á frecuentar las prisiones á los que nacen en los palacios. No te manifiestes orgullosa, hija mia; no olvides que Ethel Schumacker ya no es princesa de Wollin, ni condesa de Tonsberg. Debes, pues, tenerte por feliz si ese hombre acepta tu mano, cualquiera que haya sido su cuna. Si es de humilde nacimiento, tanto mejor, hija mia; vuestra vida estará libre de las borrascas que atormentaron la de tu padre. Pasareis, lejos de la envidia y del odio de los hombres, con nombre desconocido, existencia ignorada, muy diferente de la mia, porque acabará mejor que empezará...

Ethel cayó de rodillas delante del prisionero, exclamando:

—Perdon, padre mio, perdon!

Schumacker le abrió los brazos sorprendido y la preguntó: